

Experiencia de reconciliación

Junio, 2016.

Los últimos diez o doce años de vida de mi madre estuvieron influidos, cada vez más fuertemente, por una enfermedad llamada demencia senil. En esta patología se va perdiendo la memoria reciente, los mecanismos de reversibilidad, se altera la dimensión espacio temporal y se van exteriorizando los conflictos internos. Además, durante las crisis desaparece el mecanismo de autocensura, por tanto, aparece un comportamiento no habitual que refleja a un personaje desconocido y en ocasiones grosero, sin manejo o control de sus contenidos no integrados.

Entre estos contenidos no integrados había algunos más recurrentes que otros. Estaban los niños que tenían hambre y querían un pedazo de pan (esos pequeños a los que aludía, obviamente, éramos sus hijos) y mi padre, su ex pareja, de la cual se separó con cinco hijos menores (al que en sus crisis, por el parecido físico, confundía conmigo).

Para ayudarla a reconciliarse la apoyé en tres aspectos:

a) Intencionar conversaciones respecto de su vida.

Muchas fueron las sorpresas que me deparaba esta fórmula, ya que fui descubriendo lo poco que conocía de su biografía y de dónde venían sus mecanismos, actitudes, comportamientos y cómo se había constituido en el ser humano que yo había cosificado como mi mamá. Cuando conversábamos, se iba conectando y la motivaba con preguntas cada vez más profundas hasta que ella decía basta, “no quiero recordar cosas que duelen” o “usted siempre me hace preguntas que me complican” o “no quiero hablar más de esas cosas”. Llegados a ese punto, soltaba el tema dando internamente dos pasos atrás, sin forzamiento, sin presión, sentía que este proceso tenía que ser con su ritmo, con el tiempo que quisiera tomarse. Tomaba nota de lo encontrado hasta la próxima ocasión. Fuimos reconociendo juntos los nudos de conflicto y también, la fui admirando cada vez más profundamente.

b) Juegos de roles.

A medida que avanzaba su enfermedad era más frecuente que me confundiera con papá. Entonces decidí utilizar esas ocasiones para jugar el rol de mi papá, intentando ponerme en su lugar para dar respuesta a las críticas, inquietudes, sugerencias o dudas respecto de su comportamiento para con ella o sus hijos. Esta es una etapa mágica, me pasaba de todo, ya que nunca sabía con qué tocaríamos. A veces su inquietud era algo que me hubiera encantado preguntarle personalmente a papá. Otras, en que me criticaba por el maltrato respecto de sus hijos. En una ocasión me pide que deje de beber, que le prometa que nunca más lo voy a hacer...yo me arrodillo, le pido perdón por todas las malas experiencias vividas y le prometo no volver a hacerlo. Creo que fue muy emocionante para los dos y para mis hermanas que observaban a corta distancia. Otra, en que después de una conversación conjunta, mis hermanas la abrazan y besan. Ella, con gestos, les pide que me abracen y besen a mí. Luego me acerco a su cama, ella toma mi cara con dulzura y me da un beso en la boca. En ese momento, ambos sentimos que yo era mi papá. Y una inolvidable, en que me mira con una profunda ternura, acaricia mi cara y dice: “antes usted me quería, me trataba con respeto, se preocupaba por mí, que pasó después...?”

También, le asignaba tareas respecto de las imágenes que iban apareciendo en cada ocasión. Por ejemplo, que revisara a quiénes tendría que pedir perdón o a quiénes tendría que perdonar por los errores cometidos, para quitar peso a la mochila y partir más liviana, a quiénes agradecer, qué quisiera pedir, etc. Hubo momentos en que amaneció llorando intentando reconciliarse con algunos personajes biográficos. Yo intentaba responder a esas interrogantes conectando mi corazón con su necesidad de integración y búsqueda de sentido. Que también resonaban en lo profundo de mí.

En una de sus crisis, yo viajaba a Ecuador y pensando que podía no estar al regreso le pedí ayuda al otro ser que habita en ella, le dije: necesito resolver una dificultad que arrastro desde niño, un gran error que necesito comprender y me encantaría superar. Días después, estando en Ecuador vivimos con una amiga, lo que para mí fue, un viaje en vigilia por otro tiempo y otro espacio con un chamán, al término del cual apareció la imagen gigante del rostro luminoso de mi madre en la pantalla de mi espacio de representación dando respuesta al pedido que había realizado antes de viajar.

c) Ceremonias de Asistencia.

Comencé a oficiarle ceremonias de Asistencia. Uno de los descubrimientos importantes fue reconocer que officiar esta ceremonia puede tener distintos niveles de profundidad. A veces era más superficial y la sensación interna más difusa, en otras rozaba una conexión con “algo” que no sabía definir claramente. Ocasionalmente, al acceder en un tono y pulcritud ceremonial logré conectar con su intención, aquello que daba vida a su cuerpo. Aprendimos a comunicarnos sin palabras, a sentirnos, a estar con ese ser maravilloso, que era cada vez menos, esa deteriorada prótesis que mi ingenua o ilusoria mirada trataba de retener en mi memoria.

Todos llegamos al aviso de su inminente partida. Esa tarde me instalé al lado de su cama y le dije: vamos a hacer esa ceremonia que conoces y ella sin palabras dice no. Comienzo a leer y tras cada párrafo ella gesticula diciendo no, hasta finalizada la ceremonia. Interpreto el mensaje que me trasmite como temor y experimento su pedido de ayuda. Me retiro a mi casa, me tiendo en la cama, me trato de conectar con su pedido de ayuda y me pongo energéticamente a disposición. Retomo contacto con mi cuerpo un par de horas más tarde.

Al día siguiente, le digo: vamos a hacer esa ceremonia que conoces, ella me regala una mirada profunda acompañada de una sonrisa luminosa, haciendo un gesto positivo. Entiendo que ya no hay temor, que está preparada. Tras cada frase leída, me envuelve en su mirada maravillosa con su sonrisa inolvidable y su gesto que afirma o confirma esa verdad trascendente que vamos develando. Al término reconozco que entramos juntos a lugares sin nombre, sin tiempo, luminosos, en que nos sentimos internamente uno. No era una conexión con su prótesis, sino con esa “presencia interna” que dotaba de vida, sentido y magia ese instante. También comprendí que nos habíamos despedido. Era un agradecimiento recíproco, sin palabras, ambos frente a un semejante que observa el espejo de su alma. .

Dos días después mi madre emprendió su maravilloso vuelo...

Pasado unos días, en la amanecida, siento que estoy en un sueño con ella. Es tan fuerte la sensación de su presencia que despierto. Efectivamente está allí conmigo, mostrándome con su visita que la muerte no existe. Dialogamos sin palabras, nos agradecemos lo vivido, lo aprendido, lo enseñado, lo compartido. No hay entre nosotros nada pendiente, estamos en paz. Nos envuelve un agradecimiento mutuo y sin límites. Luego de un tiempo indeterminado, dice que se va y siento que se va incorporando, se integra lentamente a lo profundo de mi espacio de representación dejando mi corazón con una emoción plena y comprendo que estará siempre conmigo.

Descubrí y logré reconocer en ella una maestra elegida que la vida me asignó para iniciar el aprendizaje: Valores, Resiliencia, Solidaridad, Confianza, Pulcritud.y Dignidad, sobre todo, Dignidad (la denominé “mi maestra de 4º básico”, una paradoja existencial que barría con algunas de mis creencias).

Jaime Noriega
Mensajero de Silo

